

PRÓLOGO

Montevideo, para recibir al Atlántico, junto a sus inmensos malecones, en cuyas paredes los niños escriben la palabra "Poesía", ha levantado estatuas a sus grandes poetas, los más graves, los más nocturnos y ciclónicos de la poesía universal.

Golpeadas por el mar y vecinas hasta darse las manos de piedra oscura, emergen las cuatro esculturas ardientes: Lautréamont, Laforgue, Herrera y Reisig, Agustini.

Gaviotas y otras aves del Río de la Plata se acumulan para descansar y dormir sobre las doloridas estatuas ciegas, así es que de amanecer, cuando con mis camaradas Jesualdo, Saralegui, Podestá, Capurro, Ibañez llegábamos hasta ese recinto marino, entre la delgada niebla escuchábamos un ruido de pájaros salvajes, un aleteo innumerable que elevándose de sus hombros y de sus liras dejaba descubrir, de pronto, las presencias silenciosas.

En esta atmósfera de aire alado y de veneración

elemental ha crecido, secretamente, Sara de Ibáñez, grande, excepcional y cruel poeta. Junto a esas sombras de piedra estelar, bajo los gigantescos dinteles infernales, entre estos dedos de fuego y sombra heridos por la luz abandonada del litoral, había pues, un corazón de palpitante rama, un coral vivo creciendo en el esplendor sumergido. Estructura y misterio, como dos líneas inalcanzables y gemelas, tejían de nuevo la vieja, temible y sangrienta rosa de la poesía. Y unas poderosas manos de mujer uruguayana la levantan hoy, brillando aún de sustancias originales, en esta claroscuro hora crepuscular del mundo.

¡Magnificada mano, sal misteriosa! Ella se forma, en su fondo sin tiempo, endureciendo allí la raíz cereal y la deslumbradora faceta. Ella aguarda su destino, sobrepasa las épocas del vapor y del humo, y cuaja su sagrado mineral en agudas flechas que atraviesan la sangre.

Quien conozca estos productos humanos verá que esta mujer recoge de Sor Juana Inés de la Cruz un depósito hasta ahora perdido: el del arrebatado sometido al rigor: el del estremecimiento convertido en duradera espuma.

Verla a ella, ver su dolorosa y extraordinaria belleza, en que el cutis de cera perdida rodea los ojos inmensos y estancados de los que brota una luz verde, mirar todo su ser maduro y moreno es compren-

der nuestra mayúscula América: tiene en su belleza taciturna, algo de Gabriela Mistral: es tal vez un aire misterioso y grandioso, un encadenamiento volcánico que no nos es dado descifrar. Es, sin embargo, mucho más fina que la geológica araucana: todo su rostro, mas no su corazón, han sido endulzados: la raíz sigue siendo amazónica y caudal.

Escribo estas líneas en un barco, junto a las costas de África. Ya comienza el mar a sostener cañones, y el aire a entrar en la venenosa y moribunda hora de la guerra. La fuerza ha exterminado mucha luz en España. Y Austria, Checoslovaquia, Albania muestran también sus desgarradores charcos de sangre humana. Las tinieblas invaden el otoño blanco de Europa.

Y en estos días de océano, los versos mil veces leídos de Sara de Ibañez han sido americana agua dulce en mi garganta, pero llegada de los ventisqueros de España, de las cimas rayadas ya por las nieves eternas. Sí, la indestructible nieve clásica conforma estas nuevas edades de nuestras praderas, trayendo un material definitivo, una osamenta precisa a la cual Sara de Ibañez adhiere su cauce incendiario.

Bien recibida sea: es de la más alta aurora. Y para esta recogida furia poética, como para María Luisa Bombal, maravillosas criaturas, salidas a la luz no como indecisos fantasmas sino como medallas claras, ardientes y definitivas, devolviendo en su metal

*duro y duradero una luz vuelta a la muerte, luz de
estos agónicos y crueles estados de la tierra: para ella,
para ellas, reverencia y adoración. Aquí agoniza un
término y se determina un nuevo universo radiante.*

PABLO NERUDA

S.S. "Campana", abril de 1939.

ISLAS

ISLA EN LA TIERRA

Al norte el frío y su jazmín quebrado.
Al este un ruiseñor lleno de espinas.
Al sur la rosa en sus aéreas minas,
y al oeste un camino ensimismado.

Al norte un ángel yace amordazado.
Al este el llanto ordena sus neblinas.
Al sur mi tierno haz de palmas finas,
y al oeste mi puerta y mi cuidado.

Pudo un vuelo de nube o de suspiro
trazar esta finísima frontera
que defiende sin mengua mi retiro.

Un lejano castigo de ola estalla
y muerde tus olvidos de extranjera,
mi isla seca en mitad de la batalla.

ISLA EN EL MAR

Marineros gastados sobre el puente.
Niebla en la sangre; su mirada anegan
cicatrices de adioses y navegan
con un mapa de miel bajo la frente.

De pecho adentro marinera gente.
Firmes vigias que las algas ciegan
en el silencio en que los peces juegan.
Voy a llorar en vuestra lengua ausente.

003421

Ni troncos, ni veleros en desvelo,
ni puños de cristal en la garganta,
ni dios sin rostro en el oscuro cielo.

Una tierra obediente a mi sonrisa,
un lugar sin raíz que gira y canta,
donde la muerte nunca tiene prisa.

ISLA EN LA LUZ

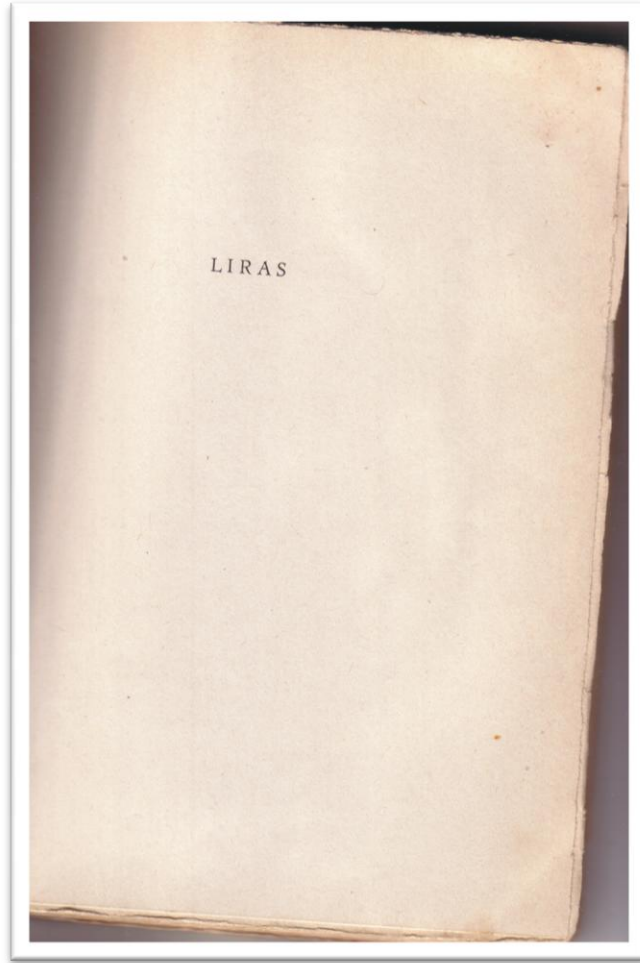
Se abrasó la paloma en su blancura.
Murió la corza entre la hierba fría.
Murió la flor sin nombre todavía
y el fino lobo de inocencia oscura.

Murió el ojo del pez en la onda dura.
Murió el agua acosada por el día.
Murió la perla en su lujosa umbria.
Cayó el olivo y la manzana pura.

De azúcares de ala y blancas piedras
suben los arrecifes cegadores
en invasión de lujuriosas hiedras.

Cementerio de angélicos desiertos:
guarda entre tus dormidos pobladores
sitio también para mis ojos muertos.

1939.



LIRAS

I

ROSA, rosa escondida
—finísimo cometa de jardines—
que en mi carne aprehendida
cierran los querubines
con una lenta curva de violines.

Herida, herida vienes.
Tu sangre por mis venas adelantas;
en mi voz te sostienes,
y sobre aéreas plantas,
amor secreto de la hoguera, cantas.

El filo vigilante
del hielo te cercó por la negrura.
Atravesó el diamante
tu briosa frescura
y fue sólo un perfume tu armadura.

Tu vuelo sumergido
sorprendió la raíz de los desiertos.
Yo escuché tu latido
a través de los muertos
que aún tiene tu relámpago despiertos.

¿En mí vas a apagarte?
¿Voy a ser yo el silencio de tu fuego?
¿Logrará sujetarte
este círculo ciego,
esta prisión amarga que te entrego?

¿O soy yo quien me fundo
en una claridad desesperada,
y contigo me hundo
y ya voy libertada
sin comprenderte y en el sueño anclada?

II

SÓLO el menguado aliento
de una flor bajo el agua, sosegado.
Un bosquejo de viento
para siempre callado,
de selvas y de nubes olvidado.

Muerde el agua la piedra
y sus grises recónditos devora.
Pero en sus nervios medra
la palabra sin hora
que no alumbra su lengua turbadora.

Un lucero quebrado
punza en la savia de los jazmineros,
en tierna noche ahogado

por íntimos senderos.
Oh luz desierta de ojos venideros.

El pájaro se entrega
al eslabón de su garganta viva
y arde en la dulce brega.
Pero la curva esquiva
atraviesa su carne sensitiva

y sigue conmoviendo
pulidos pechos de caliente raso;
y por la sombra huyendo,
rubor de Dios, acaso
el revés de la sangre oye su paso.

Pulso de la sonrisa.
Embrión de niebla bajo el tacto agudo
de la muerte indecisa;
hijo sin sombra, mudo,
detrás del sueño, trágico y desnudo.

III

PASAN ciervos heridos
entre las acres brumas, jadeando,
por su sangre seguidos.
Pisan un cielo blando
ya por aires sin patria respirando.

Pasa una golondrina
sobre flecha de sal y flor secreta,
y su cabeza fina,
llena de luz violeta,
al fiero cisne de la espuma reta.

Pasa el pez sorprendido
en el lunario fuego de su escama.
Nada en un mar huído
que de lejos reclama
la blanca herida de su aguda llama.

Pasa un reptil mordido
por una gran palabra con espinas.
Su corazón caído
deja escapar divinas
palomas engendradas en sus ruinas.

Pasan llorando nieve,
tan cerca que me enfrían la mirada.
Mi boca no se atreve,
fija en su doble espada,
a detener la rueda disparada.

Y a la luz que me grita
hurto el pecho, y tenaz desobedezco
al ángel que me habita.
En dura tierra crezco
y mirando mis huesos envejezco.

IV

¿POR QUÉ me duele el cielo,
su luz de llaga que olvidó la muerte?
¿Por qué este oscuro duelo
que mi lengua pervierte
y en mi propio verdugo me convierte?

Voy a vivir la estrella,
voy a tocar su frente de alegría.
Voy a matar la huella.
Voy a estrenar el día.
Voy a olvidar la gran palabra fría.

Voy con el agua entera
llena de pechos vivos y rumores;
la mansa, la viajera
de los largos temblores,
la de los infinitos ruseñores.

Voy por la savia oscura.
Voy a crecer con cedros y palmeras.
Voy por la rosa pura,
por las enredaderas,
por los pausados musgos de las eras.

Por la vena del oro
suelto mis minerales sensitivos.
Gastaré mi tesoro,

mis panales altivos,
la silenciosa luz de mis olivos.

Voy a escapar . . . Ya siento
flotar mi gran raíz libre y desnuda!
Pero no . . . Me arrepiento
y tuerzo el ceño, ruda,
amarga, amarga, amarga, amarga y muda.

V

VOY A llorar sin prisa.
Voy a llorar hasta olvidar el llanto
y lograr la sonrisa
sin cerrazón de espanto
que traspase mis huesos y mi canto.

Por el árbol inerme
que un corazón de pájaro calienta
y sin gemido duerme,
y al gran silencio enfrenta
sin esta altiva lengua cenicienta.

Por el cordero leve
de la pezuña tierna y belfo rosa;
por su vibrante nieve
que la tiniebla acosa
y al final de un relámpago reposa.

Por la hormiga azorada
que un bosque de cien hojas aprisiona;
por su pequeña nada
que al misterio no encona
y que la enorme muerte no perdona.

Por la nube que alcanza
los umbrales de un lirio sin semilla.
Lengua de la mudanza
sin éxtasis ni orilla,
que no sabe morir de rodillas.

Por la hierba y el astro.
¿Cómo miden tus ojos, Dios oscuro?
Por el más leve rastro
de sombra contra el muro,
mi llanto ha abierto su cristal maduro.

VI

PÉSAME la mañana
dilapidada en una arruga. Era
una luz de campana
de diamante, agorera
de un fabuloso parto de la esfera.

Pésame el agua, el río,
los hondos limos a mis pies negados,
los deleitosos fríos

de los juncos, rehusados;
al caminante espejo abandonados.

Pésame la sonrisa
que maltraté como a un cabrito herido
que buscaba en la brisa
la fuente y el olvido
para su angosto pecho empobrecido.

Pésame el pensamiento
que me llenó de nubes la garganta.
Pésame el duro aliento
que acaricia y quebranta:
serpiente-flor que en mis jardines canta.

Pésame la pregunta
que en la afligida paz de los secanos
hundió su terca punta,
mientras iban mis manos
quemando por el aire sus veranos.

Pésame el desconcierto
de mi lengua en la pura sinfonía;
el minuto desierto
y la torpe agonía
incubando escorpiones en el día.

VII

FLORECEN cicatrices:
los gérmenes combaten su futuro

en las hondas matrices,
y en mi llanto seguro
la luz degusta su deseo oscuro.

Por los sin labios clama
mi sangre en sus idiomas afligidos.
Quiebra su fija llama
por los desconocidos
que en los huecos del ser están hundidos.

Llama un sabor desnudo:
clava en mi boca el desoído ruego
que a mi palabra anudo
y a mi dolor entrego
para la flor dormida de su fuego.

Llama un tímido aroma
sin cuerpo a mi cabeza desprendida.
Detrás de una paloma,
qué tempestad cohibida
con su música blanca me intimida.

Llama a mi piel el viento.
Con su más lenta espiga me sorprende.
Su esculpido lamento
por mis hombros desciende.
Mi carne tiembla porque ya comprende.

Bien sé que andan inválidos
por la ceguera de mi voz gastada.
Pero sus gritos pálidos

dirán la miel anclada
después de mi silencio sin morada.

VIII

SOSEGARÉ a mi nube.
Diré: Vuelve a tu cisne innumerable.
Al aire grande sube.
Déjame en lo durable.
Dispersa ya tu muro imponderable.

Quiero mi luz perfecta,
mi firme desnudez de piedra antigua.
La simple vía recta
y la vertiente exigua
que toda sed sin alas apacigua.

Diré a mi nube blanda:
Can de mi pensamiento, vuelve al río.
Tus espumas desanda.
Muérete en el rocío,
en el oro, en la sangre y en el frío.

Deja en paz mi cabeza
desfigurada por tu mar volante.
No quiero la destreza
de tu piadoso guante
ni tu victoria tímida y menguante.

Vete, disfraz del llanto.
Arráncame tu hiedra engañadora.
Sáname de tu encanto
estas briznas de hora
en que tu eclipse audaz no me devora.

Retorna a la difusa
fuente donde busqué tu mal amigo.
Mi silencio te acusa
porque ya no consigo
consumir sin dolor mi oscuro trigo.

IX

MI SANGRE me lo dijo
con voz abierta y llena de campanas.
Tú no dirás: Elijo.
Tus batallas son vanas.
Mira a las criaturas, tus hermanas.

Pon el pie en esa huella:
escúchate crecer para la muerte.
Palpa la leve mella
que en polvo te convierte
sin que pueda tu orgullo detenerte.

Ya viste arder las ramas.
Ya alzaste lunas en la carne nueva.

Amiga de las llamas,
ya conoces que nieva.
Aprende a amar el río que te lleva.

Pasó tu pecho fino
perdido entre palomas celestiales.
Tu garganta de lino.
Tus puros manantiales
ya saben reflejar los vendavales.

No alces la voz, no gimas.
Mira mi flor brillar bajo otras frentes.
Sin razón te lastimas.
Mira cómo, sonrientes,
caminan sin dolor los obedientes.

DE LOS VIVOS

I

SOBRE el tembladeral la casa puesta
y para huir el filo de una espada.
Niebla contra la voz encarcelada
que en mi oído cadáveres acuesta.

¿Quién mina las columnas de la fiesta?
¿Qué nave enturbia el aire, disfrazada,
y me arroja en el alma un ancla helada
cuando su siega mi sonrisa apresta?

¿Qué perfume enemigo me amenaza
desde la mansedumbre del espliego,
que se me caen las manos como muertas?

Nube sumisa y cruel mis pies enlaza,
y ante el silencio de la flor y el fuego
me consume el aliento de las puertas.

II

TRASPASÉ las fronteras de la rosa,
pisé caminos que la luz no usa,

y entre fríos cabellos de medusa
malgasté mi sonrisa más dichosa.

Contra el viento solté una mariposa
y vi mis huesos relucir confusa.
Oigo el coro enterrado que me acusa
desde mi propia carne temblorosa.

Empiezo a andar sobre mi voz ardida,
y ante la audacia de mi boca acerba
que devora dos ríos paralelos,

en su humildad perfecta defendida,
la señal de la muerte hace la hierba
doblada ya sobre futuros cielos.

III

ABEJA que sostienes tu oro antiguo
y sabes el color de la alegría,
secuestrada en tu firme geometría
la muerte incuba su silencio ambiguo.

Ayúdame a ordenar mi pecho exiguo
derramado entre el canto y la agonía.
Que sobre inmensa flor de miel al día
vi afirmar sus columnas, atestiguo.

Tú me ignoras tocándome la frente
y traspasas espectros de praderas
en la abrasada niebla de mi aliento.

No me ves, ni tu boca me presente,
pero en la cumbre de la rosa esperas
mi futuro mensaje sobre el viento.

IV

AGUDO aroma de jardín extinto
ciñe sierpes de escarcha a mi cintura.
Fuera del aire, en soledad madura,
campos de jaspe me abren su recinto.

La voz muerta en su tierno laberinto
entre flautas de lirio y seda dura.
Sobre una selva de coral, oscura,
sellados mis panales de jacinto.

Isla del cielo . . . Arisco valle espera
entre montañas de ateridos flancos
donde laboran ángeles de cera.

Y en silencio sin fin, con mano leve,
labra angustiado mis palacios blancos
el geómetra secreto de la nieve.

V

LENGUA del mal, guijarro de la muerte:
con la finura de un puñal escueto,

me rozó la cintura tu secreto
y consumí la luz por comprenderte.

En puros signos pretendí esconderte,
color de sangre anclada y viejo abeto.
Tajó mi voz tu pálido esqueleto . . .
Mí garganta no pudo contenerte.

A veces pasas por mis ojos, lento,
como un leopardo de humo que se estira
hasta morir hilado por el viento.

O en mi sonrisa encubres, de repente,
un ángel sosegado que se mira
arder los pies sobre incendiado puente.

DE LOS MUERTOS

I

SEMILLERO de soles y azucenas
entre muros de miel y agua marina.
Helero en flor, con voluntad divina,
manaba mundos por abiertas venas.

Corza, delfín y ruiseñor sin penas,
trigo inocente, infancia de la encina,
curva feliz que se ignoraba espina
cuando eran sangre y lágrimas ajenas.

Tierna luz, frágil luz madura y fría,
río en mis ojos alumbrado y muerto,
con negros esqueletos en el fondo.

Ya hay pájaros mojados de agonía
y nardos rotos . . . Ahora está despierto
el niño herido que en la voz escondo.

II

MI BOCA dio una flor para abolirse
sin repetir su fina arquitectura.

En el viento cayó su forma pura
y fue en secretas tumbas a pudrirse.

Comenzó mi raíz a desasirse
y echó a andar sus arroyos de locura.
Sin fuentes ya, sobre la sombra dura
retorcieron su sed hasta morir.

Con lumbre de palomas y rocío,
con el jazmín fantasma de la espuma,
con las curvas del vuelo y la caricia,

puedo reconstruirte, sueño frío,
en un hueco salobre de la bruma
donde la muerte su alfabeto inicia.

III

TIERNO jardín de lunas voladoras
bajo una niebla de algas, entreabiertas.
Esquemas de alas, mariposas muertas
en un aire de palmas segadoras.

Sonrisa sin edad de las auroras.
Cervatillo secreto y sin alertas.
Ni llave ni huracán frente a las puertas:
dormida sed de estirpes cazadoras.

Luz de mi sangre, espejo de alegría,
dibujaba los límites del cielo
donde la miel su ejército movía.

Espacio entre paloma y agua pura,
con la medida de un pequeño vuelo
que no intentó mellar la espada oscura.

IV

RAMA de alas en el aire muerta.
Raíz de vuelos que la sangre anuda.
Librados nervios de guitarra muda
yacente bajo arena y mar desierta.

Tierno acero del agua, espada incierta,
entre metal y flor, tembló desnuda.
Quebróla un eco, su batalla aguda,
antes de entrar por la encendida puerta.

Enlutaron su oído hierba y ave. . .
Dejóse en su arrayán morir la abeja,
y el llanto pudo ser, halló su clave.

Con espinas de sal quemó el rocío,
y el mundo tuvo una sonrisa vieja.
Aquel grito tan nuevo no era el mío.

V

TORRE donde fui muro y habitante,
entre asedios de miel y golondrinas.

Fue sobre una inocencia de neblinas
su mentida experiencia de diamante.

¡Oh mi andar sin razón, cielo adelante!
La sangre, tan callada en las colinas,
cerró el idioma de sus crueles minas
a mi músico oído vigilante.

Un día sentí espadas en la boca
y me rodearon turbios cementerios . . .
Pisé mis ojos, ángeles caídos.

La luz me hirió como erizada roca,
y busqué los tenaces cautiverios
sin piedad de mis pájaros perdidos.

Itinerario

POEMAS DE AMOR

a Roberto

TÚ DUERMES EN UN BARCO

TÚ DUERMES en un barco.
Vas dormido.
Tu corazón descansa sobre la maravilla.
El mar en flor de muertes te sostiene la vida.

Lejos de mi caricia
sin idioma
que acurruca sus pájaros de miel desamparada
y aprieta sus espinas hasta ponerse blanca.

Lejos, tú vas, dormido.
¡Qué inocencia!
El ojo atormentado del agua te vigila
con secretos ejércitos de miradas hundidas.

Tú duermes en un barco
estremecido,
atravesado de alas, espigas y lamentos,
la proa acorazada de blanquísimos pechos.

Lejos, estás dormido.
¡Oh, mar, tú sabes!
Mi soledad de limpia y triste sangre empieza
a construir su rosa de ángeles y niebla.

TÚ, ENTRE MONTAÑAS

¡OH AMOR de tierra y nieve,
oh amor frío!

¡Oh pinares que suben como verdes puñales!
¡Oh verde y negro y blanco por la asombrada sangre!

¡Oh blancura que mata!
Tú la miras.

Ay, peso de palomas en el menguado pecho.
Tormenta de azucenas, blancos potros de hielo.

¡Oh afilada blancura!
Tú la sufres.

Tú llorando tus éxtasis por los solemnes aires,
los ojos derramados en la olvidada carne.

Tú andando entre montañas,
combatido.

Tú asediado, mordido por blancos instrumentos.
Tú entre la blanca música que enfría el blanco viento.

Tú por entre montañas
castigado

por un bello suspiro de muerte que te enseña
una miel que traspasa las leyes de la abeja.

VAS A TOCAR LA TIERRA

DEJASTE herida el agua.

Escucha al agua.

Escucha a los maderos de aromas gorjeantes.

Escucha los violines de sal que abandonaste.

¿No tira de tus miembros

fugitivos,

un fino brazo ebrio, lleno de ramas verdes,
que te invade la sangre con friísimos seres?

¿No te cercan el pecho

disparado,

vivas espadas de ámbar quebradas al tocarte
y labios desprendidos que te endulzan el aire?

Escucha a los diamantes

gemidores.

Vuelve a mirarles, mira: la enloquecida espuma
con fiebre de palomas grita su desventura.

Vas a tocar la tierra

solitario.

Tu frente irá dejando volar grandes violetas,
y no sabrás de dónde caen en tu boca flechas.

TÚ, EN TRENES DE CRISTAL

LA TIERRA se ha quedado
por sus valles.
Sobre el vientre infinito cae agua de amargura.
Madre, y madre con llanto, su grito azul sepulta.

Tú ya te has desprendido,
te has cortado
con las manos sonámbulas un gran tallo inocente.
Por los lujosos cielos no sabes que te duele.

Tu cuerpo es ya ligera
flor del eco.
Miras tus pies lejanos sobre una hierba triste
y tus ojos que andaban tan cerca de morirse.

¿Qué máquina te arrastra
y te remueve?
¿Qué delicadas minas despiertan en tu sangre?
¿Qué labran y qué pulen obreros delirantes?

De cumbre en cumbre cantas.
Sí, te llevan.
Y ya no es la madera, no puede ser el hierro:
es el cristal más fino y el más agudo viento.

TÚ SOSTIENES TU JÚBILO

Ay, POR qué te has quedado
distráido?

¿Quién anda por tu cara con una flor de acero?
¿Quién en tus ojos iza un pájaro desierto?

Has despreciado al ángel
del gran frío.
Has dejado un momento quebrarse al duro viento
su mirada de espumas y perfecto silencio.

Ay, de tu corazón
en equilibrio,
vuelan cadenas finas de palomas azules.
Van dormidas y llevan sangre en los picos dulces.

Sobre claros países
extendidas,
calles del cielo, acercan tu conmovida sombra,
y un rumor parecido a un gran jardín con olas.

Ay, que estabas cayendo
para el ángel.
Pero ya has recobrado tu espada de luz viva,
tu agua, tu lucero, tus rosas y tu espiga.

TÚ, EXTRANJERO

¿QUIÉN me cambia los ojos?,
te preguntas.
¿Quién ha abierto en mi tacto ventanas misteriosas?
¿Quién me llena de niños las manos y la boca?

La tierra se levanta
hasta mi pecho.
Sus cortezas hundidas despiertan repobladas
en un lento abanico florido de fantasmas.

Un rudo pie de hombre.
Un brazo tierno.
Un rostro ceniciento brillando en fría luna.
Un torso acribillado por espadas de lluvia.

Una flor inclinada
hace mil años.
Un elástico potro de niebla embravecida
y un pájaro caído sobre su sombra fina.

Ay, qué dolor tan nuevo,
qué ardua vida!
Al respirar me siento crujir el esqueleto
cual si mi boca fuera túnel del universo.

TÚ, EN LOS PUEBLOS DEL AIRE

TÚ VAS, porque lo quieres,
por el aire.

Tú, sin avión, sin alas, tú, todopoderoso
hombre, deseo de hombre, vas por el aire, solo.

Salen a recibirte
melancólicos,
los vilanos, el humo, las briznas vegetales,
los pájaros que quieren morir o acompañarte.

Finas banderas izan
las ciudades.
Aquí las melodías en las plazas angélicas
giran encadenando tu cabeza sin tregua.

Calles del aire alto.
Puertas vivas.
Ciudad de las palabras y los alientos muertos.
Ciudad de las tormentas por donde vas sin miedo.

Sigue... En el frágil pueblo
del perfume,
te espera un beso antiguo vestido de paloma,
y otro un poco más joven que se mira en la rosa.

TÚ ECHANDO A VOLAR CARTAS

CAMINOS y caminos
enredados
vienen desde tu sangre con su rumor de selva,
con llama azul y blanca de llaga y de nevera.

Caminos y caminos
tropezando
vienen entre montañas y llanuras eternas:
mojados y floridos, hierro, temblor y seda.

Vienen atravesando
tierra y cielo.
Vienen blandiendo espumas, agua, luz, agujones,
ríos de heridas flautas y jaurías de flores.

Vienen, vienen y llegan
a rodearme,
los caminos que saltan como venados lúcidos,
afinados de fiebre, desde tu pecho oscuro.

Convocando a los vientos
yo te miro,
echando a volar cartas donde mi nombre empieza
un destino de pájaro nacido en tu obediencia.

TÚ, POR MI PENSAMIENTO

¿QUE SE estiró la tierra
hasta el gemido?
¿Que fue el cielo sonando sus campanas azules
desde el pálido sueño a la sangre que sufre?

¿Que se ha cruzado un río,
llanto y llanto?
¿Que se han cruzado veinte galopes de cristales,
con sus veinte misterios llenos de claridades?

¿Que se alzó la montaña
poderosa?
¿Que alargó el alto hielo su selva inmaculada?
¿Que las rocas crecieron para tapar tu cara?

¿Que el viento se hizo espeso
como piedra,
como una inmensa rueda de vidrio turbulento
girando entre tus sienas y el rumor de mis besos?

¿Que el espacio se burla
de mis ojos?
¡Ah, no! Yo sé el camino para poder hallarte.
La muerte me ha mirado caminar por sus valles.

TÚ, JUNTO AL MAR LEJANO

UN LUCERO de sal
sobre la arena.
Una ola que quiebra su ramazón de nardos.
Una piedra, una orilla, tú, junto al mar lejano.

Tú, junto al mar lejano,
luz de hombre!
Tú, junto al mar lejano, gustando viejas lágrimas.
Tú, buscando tu antiguo corazón sin mañana.

Tú, junto al mar lejano,
sin sonrisa,
cortando heridas nuevas en el jardín del viento.
Tú, junto al mar lejano llorando mi silencio.

Tú, junto al mar lejano,
sien florida.
Tú, guardando en los ojos pájaros que no he visto.
Tú, con el pecho abierto para el dolor marino.

Tú, por el mar lejano
respirando,
varón de canto amargo, en el olor del agua,
cabelleras agudas y profundos fantasmas.

TÚ ACARICIAS UN ÁRBOL

NO TE conoce el cielo
que te mira.
Tus pies entre esta hierba tiemblan como dos niños
que en la noche del bosque perdieron el camino.

Hombre, mira tus manos
recogidas.
Mira tu corazón en un tímido acecho.
Mira tu frente blanca como un jazmín con miedo.

¿Se retira la tierra
que tú pisas?
¿Los pájaros no quieren calentarte los ojos?
¿Qué huecos en el aire se llenan de sollozos?

Sobre el árbol despierta
tu caricia.
Una viva paloma de lenta miel sacude
las escondidas venas que por el tronco huyen.

¡Deja el árbol y mira
mi fantasma!
¡Ay, perdido extranjero, tu patria es mi sonrisa!
Tierras enamoradas guardan tu huella antigua.

TÚ, SOBRE VIEJAS PIEDRAS

SUENA en la vieja calle
tu pisada.
Porque hace muchas vidas esperaban oírte,
las piedras reconocen su largo sueño y gimen.

Vas por la vieja calle
distráido.
Tu corazón, vestido de alegre ciervo, salta
por un lejano bosque de sangre desterrada.

Tus pies avanzan lentos
como espigas.
Ha sido necesario que los huesos se abriesen
mil años bajo tierra para tu flor sufriente.

Caminas en silencio
sostenido.
Y sólo para amar tu relámpago triste
las piedras han mirado volar sus pechos grises.

Sobre ojos, sobre labios,
distráido.
Sobre opacos, dolientes, mustios ángeles marchas,
ya con muerte y sonrisa después de tus pisadas.

TÚ ESPERANDO MI SOMBRA

AHORA que oyes tu sangre
me has oído.

Ahora que te has quedado dueño del universo,
la más desamparada criatura del tiempo.

Ahora que te has quedado
solo y solo.

En este instante puro para mirar la muerte
puede mi sombra amiga reconquistar tu frente.

¿Has buscado en el agua
mi sonrisa?

¿Te has inclinado a veces para tocar la tierra
donde el musgo defiende las flores más pequeñas?

¿Has mirado la nube
sin descanso?

¿Has tomado del viento las semillas secretas?

¿Has tocado las locas manos de la tormenta?

¿No me has reconocido?

Óyeme ahora:

mira en tu soledad una abeja dormida,
que elabora en el sueño su miel sin alegría.

TÚ TE ACERCAS

EL AIRE me ha soltado
alrededor
sus manadas de limpias y ágiles bestezuelas:
a mis ojos se asoman y con mis trenzas juegan.

Andan viejas guitarras
escondidas,
sorprendiendo en mis venas sus tímidos espejos
y llenando de oscuros palomos mi silencio.

La luz me arroja avispas
y corales.
Tiembra mi corazón como un corzo entre espadas
y grandes rosas llegan a alumbrarme la cara.

Ya viene el aire, el aire
con tu nombre.
El aire me ha ceñido de platas soleadas,
y un oleaje de trigo me nubla la garganta.

Ya viene el aire, el aire
del regreso.
Las manos se me caen como lentos racimos,
y apenas si comprendo este remoto frío.

TÚ HAS VUELTO

DAME la mano ángel
sin heridas.
Piedra, dame tu esquivo corazón sin arrugas.
Nube, dame tu rostro de repentina fruta.

Hermanos, sostenedme
la alegría.
Temo que la ceniza me invada de repente.
Voy a caer sin sangre, van a volar mis sienes.

Pasa una larga rosa
por mis hombros.
Un mar adolescente me riza los cabellos.
Mis pies tocan apenas las cúpulas del viento.

Hermanos, rodeadme
porque temo
que mis ojos se alejen como trompos de niebla
o que sobre mi pecho se derrame la tierra.

Ángel sin duelo, dame
tu sonrisa.
Corroboradme hermanos para que yo no encuentre
sino andando a través de sus ojos la muerte.